



CARLOS
ELIZONDO MAYER-SERRA
@carloselizondom

Con un INE débil, un triunfo de Morena en 2024 podría percibirse como ilegítimo. ¿Cómo se gobierna así?

Sin legitimidad

Después de la “caída” del sistema electoral en 1988, el PRI necesitaba una autoridad electoral creíble para legitimar sus triunfos en futuras contiendas. Para serlo, esa autoridad debía tener un cierto grado de autonomía frente al poder político. El riesgo de ello era obvio: de perder, el resultado no se podría revertir.

Dada la presión de la oposición, los priistas creyeron que ese riesgo era menor a continuar organizando las elecciones desde el gobierno y terminar asediados por una masiva movilización popular. Así nace el IFE en 1990.

En 1994 el PRI volvió a ganar, pero la devaluación de diciembre de ese año y la crisis económica subsecuente erosionaron la justificación que arrastraba un partido con decreciente legitimidad: su presunta eficacia. El elector recordaba que los lemas centrales de la campaña de Zedillo habían sido “Bienestar para tu familia” y “El sabe cómo hacerlo”.

En el 2000 Fox sacó al PRI de Los Pinos, legitimando así los procesos electorales. La elección del 2006 revertiría eso con la acusación de fraude de AMLO. En el 2018, la izquierda encabezada por AMLO finalmente llegó a la Presidencia, con lo cual se debería haber terminado la discusión sobre la legitimidad de los procesos electorales.

No fue así. El amplio triunfo de AMLO y su vinculación directa con una parte del electorado al que sigue visitando todos los fines de semana en sus giras, le hacen creer que tiene suficiente legitimidad como para que valga la pena tener más margen de maniobra en las campañas electorales, estirando al máximo la ley, aunque con ello vulnera la credibilidad de los procesos electorales. La reforma constitucional en materia electoral propuesta por AMLO cuyo objetivo central es tener consejeros al servicio de Morena es improbable que pase. Pero eso es lo que desean. En el camino, el gobierno seguirá buscando debilitar al INE recortándole aún más el presupuesto.

Su alta credibilidad personal puede llevarle a creer que

no necesita un agente externo que legitime un eventual triunfo de Morena en la elección presidencial del 2024. Está corriendo un riesgo alto. En caso de ganar, podría hacerlo gracias al votante menos educado y con ingresos bajos y perder en las zonas urbanas de clases medias y los estados más prósperos, tal como se vio en las intermedias del 2021. Si el triunfo no es percibido como legítimo entre una parte de la ciudadanía, su sucesor tendrá un gran reto. ¿Cómo se gobierna así?

Hasta ahora, la legitimidad de AMLO no ha sido erosionada de forma importante por no haber cumplido con sus grandes objetivos transformadores. Sin embargo, en los siguientes dos años seguramente se acumularán los problemas y la ineficacia gubernamental será más visible. Culpar al pasado de los problemas será cada vez menos creíble.

La apuesta de AMLO parece ser el hacer ganar su corcholata en el 2024, aunque sea a costa de la legitimidad del proceso. ¿Le tiene miedo a perder si no participa de lleno en el proceso electoral? O ya que él ha sido quien ha encabezado a quienes protestan por el fraude electoral, ¿creerá que nadie lo hará en su lugar y por lo tanto no es un costo alto? ¿Para qué correr ese riesgo si el pueblo es sabio y se puede ganar con un árbitro electoral fuerte y creíble?

No es fácil imaginar los riesgos de un proceso electoral con dudas sobre su legitimidad. El gobierno debía de ser el más interesado en evitarlo. Incluso si Morena ganara por amplio margen en el 2024, un INE fuerte evita que parezca una elección de los años hegemónicos del PRI. Más necesitará de un INE creíble si Morena gana con margen cerrado en el 2024.

Hoy tenemos un gobierno con alta legitimidad y baja eficacia. Si el gobierno entrante no tiene suficiente legitimidad, gobernar le será muy complicado. No es nada fácil, como lo hizo Carlos Salinas de Gortari, revertir un déficit de legitimidad con una estrategia económica eficaz.